

Antología de Pedro M. Ortiz



Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

j

Agradecimiento

j

Sobre el autor

j

Índice

La noche pasada.

Misterio concreto mural.

Lazos de plata.

Alma y tres días bajo un sol.

Disimulado y cuatro días bajo un sol.

Carta al diablo

Canto a Nezahualcóyotl

Esta sombra solo puede sorber llamaradas

La noche pasada.

¿Qué es esa muerte detrás de nosotros,
detrás de esa capa de piel roída
cubriendo el misterio del alma?

¿Quién soy yo a las 3:21 de la tarde?
¿Qué misterio soy a las 3:21 de la tarde?
En las deshoras de mi vida, cuando no existo,
¿Quién soy?

¿Qué silencio aguarda esta noche, qué estallido?
¿Cómo me moriré esta noche, con ganas o vencido?

Misterio concreto mural.

La hoja dura, duda
cuando no dices
muda
se estremece el mural.

Lazos de plata.

¿Bajo qué rayos de oro o
dentro de qué capullo de plata
germinó el amor?

¿Crispado o trémulo? ¿En los rayos del sol?
¿Bajo la sombra de qué árbol
por primera vez se compartió?

¿En qué pedazo de piedra
o en qué almidonados pétalos de agua durmió?

En la estrellada noche,
¿bajo la tinta de qué poeta se escribió?

¿Por encima de qué senderos caminó
hasta que llegó a nuestro espacio,
hasta el cúmulo de átomos que somos tú y yo?

Alma y tres días bajo un sol.

¡Qué ecos los que retumban, olvidados!
Están acorazados bajo el angosto mar.
Sí, es angosto en nuestro pecho liado,
Redoblado por la crianza y el azar.
Se seca el mundo en este eco árido
Y se atormenta el cielo entre rebujos,
Más el llanto es un remedio ingrávigo
Y va mi alma escapando entre sus flujos.
Encima de tanta hez huele a materia,
Huele a lunares crispados por el sol;
¿Huele ese olor el lastre y la miseria?
¿Huele ese olor la edad de mi albornoz?
Bajo una piel, un alma me mira de soslayo...
Alma, querida, ¿por qué no hablas?
Quiero escuchar tu voz.

Disimulado y cuatro días bajo un sol.

Siento mi memoria brusca y ataviada
Llena de dudas y pesados claroscuros.
Se desarrolla larga desde el renuente pasado
Y hasta tiene párrafos suscritos del futuro.
Yo ya no quepo en mí ni en mi memoria,
Ni mi voz tiene un lugar en su oploteca.
Y ahí vamos, ser y voz sobre la escoria
Recogiendo el sol desde el poniente azteca.
Hay un lugar para nosotros en el río
O en la ciénaga que el monte esconde.
Allí mi voz busca un refugio a lado mío
Pero el ser sin la memoria no responde.
Yo ya no puedo hablar de mí conmigo
Porque mi voz se fue también lejos del río.
Más hay cebada y lupus junto el trigo
Y el espacio junto a mi sed está vacío.
Hoy me embriago sin mi voz, lejos del hombre,
Bajo el dintel montado, ¡Yo!: Iridiscente, azul, disimulado...
Y entre las jambas voy, delimitando un yo sin dimensiones.

Carta al diablo

Diablo a mitad del corredor,
Diablo, el Escandón Arango,
Encuentra entre el rojo adoquín,
Encuentra, oh diablo una flor:
Dalias, gazanias o jazmín.
Fresco el rosal, y humeante,
Busca el olor entre el rubí;
Dalia brillante y eco gris
Busca, ay diablo, mi alma errante.
Porque crece mi rencor al alba,
Porque crece dios en punta y plata:
Punta y plata avasalladas
Sobre el panteón civil;
Punta y plata avasalladas
Sobre las flores del jardín.
Cannas y Gerberas, diablo,
La sed oriunda del alma,
Cruces, avenidas, llantos...
Todo monto en las enjalmas.
Oh diablo del crepúsculo,
Diablo atrapado en el alba:
Recoge una flor en el jardín.
Te la entrego toda... es mi alma.

No leer en voz alta

Canto a Nezahualcóyotl

Espejo, cantera de babel que avezas bestias;
Catalizador del alba; contexto del rocío matinal;
Elote y masa cosida o corredor torcido
En donde se transportan ojos delgados por el sueño
Y manos ásperas, amplias en esfuerzo y verdad.
Sonríes bien, espejo. Tu boca desfigurada encarna,
Como un sello de muerte, el hastío del obrero,
La soledad de la víctima, la oscuridad del ladrón
Y la aciaga cúspide entre los portales y las ventanas.
Sonríes bien, iluminando la voz de tus habitantes,
Sonríes bien, espejo, resplandeciendo entre rincones negros,
En donde los gatos y los perros acechan su eterna venganza nocturna.
Llevas, como un regalo en tu vientre,
El sonido del trueno, la voz de mi patria.
Estas despierta para mí y yo te observo:
Sé apreciarte muy bien, y tú sabes guardar tus armas,
Abreviar tus recorridos para que yo te guarde cuando es noche,
Y entonces... de verdad que eres mía
Embestida en mis bolsillos como un aluvión de gotas densas y mareas frías.

Esta sombra solo puede sorber llamaradas

Apesadumbrado, inocuo, desvestido el pecho por la luz diamante que anida entre los remolinos de polvo; desconociendo la calma, cubriendo horas con el silencio ínfimo que agota el vigor de las tormentas, que aflora en estampas de oro las espigas pútridas en las mastabas. Inquieto, vehemente ante la idea de mí mismo, frente a un esqueleto de aristas y vértices poligonales, tendientes al zarco que arruina y mancha la visión de unos dientes postrados al filo de una ventana, listos para zampar al cielo, para engullir al mar, para devorar a gritos de coces la mandíbula de la que afloran.

Disimulado, oriundo del talón de un pecho, iridiscente, existiendo cuatro días bajo un mismo sol, pero baldado, extenuado por la sombra que mamó la carne, dura y blanda, desde la chorra, mamando los cueros que revisten los secretos íntimos de la pilmama, de una mañana, ¡Ah, mi piel!, esta sombra solo puede sorber llamaradas.